

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

García Moreno, el refundador de Imbabura (2ª parte)

Hernán Rodríguez Castelo

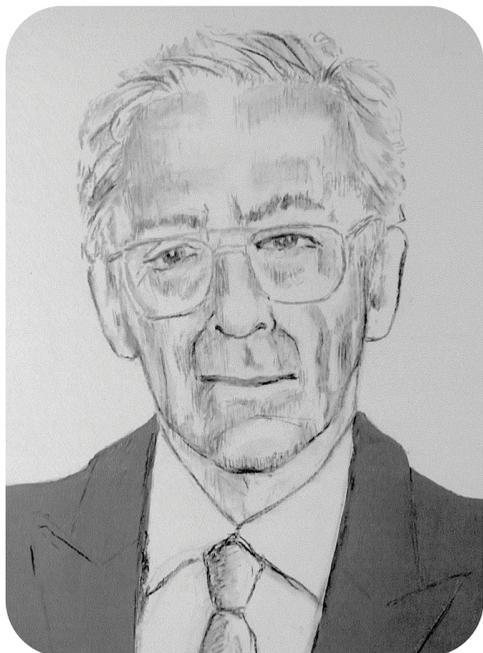
14

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUNETENARIO IOA

La nuestra ya es una sociedad que al no leer, tiene memoria de grillo. El riesgo de avanzar en ese proceso de amnesia es latente. Lo vamos viviendo porque al olvidar qué somos y qué queremos, no solo perdemos la memoria sino la posibilidad cierta de tener identidad.

[...] Hay que saber de dónde venimos para saber quiénes somos y a dónde tenemos que ir: a este respecto, el olvido es la peor forma de despersonalización que pueda conocerse en la vida. Es una pequeña muerte dentro de la existencia y el amnésico el ser más desdichado de la tierra. (Luc Ferry. *La sabiduría de los mitos: aprender a vivir. II.*)

Hernán Rodríguez Castelo, con sus estudios, el de hoy y antes con los de Pedro Moncayo, Mena Franco, Teodoro Gómez de la Torre, nos ofrece un antídoto para ese mal. Este García Moreno que nos entrega es uno de especial contenido. Se cumplen ya 148 años de la tragedia y lo que significó levantar una provincia íntegra de las ruinas de uno de los terremotos más devastadores que se han producido en todo el territorio ecuatoriano en los últimos 500 años, parece cosa insignificante que puede ser olvidada. Ese terremoto es el triunfo de la condición humana que se repone de la tragedia y que vuelve, con fe a levantar casas, vecindarios y ciudades. Autoridades seccionales y pueblos, en conjunción de esfuerzo y trabajo, tuvieron en García Moreno la figura grande que los lideró y los impulsó con su afiebrado esfuerzo a no desmayar y a aprender a caminar de nuevo.



Hernán Rodríguez Castelo
retrato Franklin Ballesteros

LA TRAGEDIA EN OTAVALO

[...] Y ante todo Otavalo, el encantador Otavalo, la perla de la provincia, orgullo de sus industriosos habitantes que en gran parte pertenecen a la raza india y han sido famosos por su orgulloso porte, ¡ay!, ya no podía fiarse de la mirada húmeda de lágrimas del que ofrecía ayuda, al ver aquí en este sitio solo un interminable campo de ruinas de tierra y piedras, de vigas destrazadas y ladrillos confusamente amontonados. Parecía como si el puño de hierro de un envidioso destino hubiese aplastado contra el suelo a esta simpática ciudad.



La suerte de Otavalo tocó también a muchas otras poblaciones. La industriosa Cotacachi convirtiéndose en un montón de ruinas contándose en ella y en los caseríos circunvecinos más de 3.000 cadáveres. Atuntaquí, Imantag, Urcuquí, Tumbabiro, Salinas, pueblos agrícolas y manufactureros... (J. Kolberg)

Los aterrados sobrevivientes de Otavalo habían subido a Calpaquí, una altura a algo más de tres kilómetros del centro de Otavalo.

[...] En lo que fue Otavalo han perecido de seis a siete mil personas. En los contornos la mortandad ha sido menor, en razón de que las habitaciones de los indígenas son de paja; sin embargo, han fallecido también muchos de estos, sin que hasta ahora sea fácil calcular su número.

[...] en este sitio, y á impulsos de la autorigid local, apoyada vigorosamente por el virtuoso é infatigable teniente coronel José María Rivadeneira, se ha improvisado una ciudadela bastante arreglada, que cuenta ya con un hospital y una pequeña capilla, y que muy luego tendrá tres locales mas, el uno para despacho del Ilustre Concejo Municipal, y los dos para escuelas de niños y niñas.

[...] En la capilla, que también es cubierta de paja, se celebra diariamente el santo sacrificio de la misa, y se administran los sacramentos. Es un espectáculo tierno y que hace derramar lágrimas el que ofrece por la tarde este pequeño recinto destinado á la Divinidad, en donde centenares de desenterrados, temblando todavía de terror, y pos-

trados ante la imagen de Jesucristo, dirigen al Cielo sus plegarias con toda la efusión que inspira el dolor y arranca el conocimiento de su propia nulidad. Allí se deja oír la voz de un pueblo enlutado que, herido por la mano del Omnipotente, clama misericordia y perdón.

[...] la naciente población de Calpaquí está ya constituida aunque sea precariamente; y que bajo la influencia bienhechora de los ministros del Altísimo, y después de algunos meses, sería fácil reunir á los nuevos moradores de Otavalo en una sociedad verdaderamente cristiana, y que sea un modelo vivo de cultura, trabajo, moralidad y religión. (Sic)

Otavalo ha tenido la suerte de que una persona del peso e influjo del Dr. Miguel Egas- autor del informe transcrito-, y tan entrañablemente vinculado con Otavalo haya pedido expresamente ir a la destrozada provincia a prestar sus servicios.

Desde ese mismo poblado, el jefe político de Otavalo, informa, el 29 de agosto, con texto breve pero elocuente la magnitud de la tragedia:

[...] hasta la fecha resultan de los sobrantes del terremoto del 16 del que espira, en Otavalo, el número de cerca de mil y quinientos habitantes, y en la parroquia de San Pablo novecientos cincuenta y uno. Del resultado del censo de la población que lo estoy formando por familias, comunicare á US. H. oportunamente. Dios guarde á US. H.—Miguel Dávila (sic)

Alvaro San Félix.

En lo alto grande laguna. Instituto Otavaleño de Antropología. 1974

Y mientras las iglesias de San Luis y San Pablo del Lago comenzaban a levantar paredes, y la pequeña capilla de la Candelaria, completamente destrazada por el terremoto, terminaba por desaparecer en Rey Loma, el lienzo de esta Virgen fue posteriormente restaurado y expuesto a la veneración pública, en la fábrica de jabón de doña Evalina de Zumarrága. La imagen del Señor de las Angustias sufrió desgarraduras y fue restaurada en Cayambe por el escultor otavaleño Gregorio Ortega, quien goza de fama de santidad, porque usaba sicilios y trabajaba sus Santos de rodillas. Ortega ofreció en 1851, crear una escuela gratuita de escultura, pero no le dieron facilidad y la oportunidad quedó fallida. Cuando el Señor estuvo reparado, fue traído en solemne procesión para ser entronizado en la ciudad que le veneraba; la parte cambiada de la imagen fue entregada a la familia Jaramillo Torres y actualmente es celosamente guardada en casa de don César Gómez.

Información sobre libros:
tballesteros@uotavalo.edu.ec